

Tendría unos treinta años, y solo estaba pintado en la parte inferior del rostro. Me estuvo hablando hasta la noche del país y de sus habitantes, como también de muchos combates mortíferos que se habían dado.

El 4 de mayo, Pini-te-Kore-Kore fué á mi tienda á la hora de almorzar y me invitó solemnemente á una ceremonia singular. Los hombres de la localidad se sentaron en círculo; en medio había un cerdo cebado atado á un poste, y á un lado seis canastos de patatas y un gran saco de harina. El jefe entró en el círculo, pronunció algunas palabras amistosas, y nombrándome (*te rata hokiteta*) tocó con un palo al cerdo, las patatas y la harina que me ofreció en presente de su parte y la de toda su tribu á mí y á mis amigos, según la costumbre maorí. El capitán Hay dió las gracias por mí y por todos en lengua indígena.

Después del almuerzo subí á la montaña Ngongotaha, y desde su cima pude gozar una vista magnífica, que por un lado se extendía hasta la playa de la bahía Plenty en el Océano, y por otro hasta las densas nubes de vapor blanco que vomitaba la isla-volcan Whakari (la isla blanca de Urville y el Whitte-Island de los ingleses). Por la tarde me consagré á visitar el *pah* de nuestro jefe y á oír largas digresiones sobre el origen y costumbres antiguas de su raza.

Habiendo sabido por mí la visita que los jefes de las cercanías de Auckland hicieron á bordo de la *Norvara* y los ejercicios guerreros, de que nos hicieron simulacro, Pini-te-Kore-Kore me manifestó que en cuanto á esto yo no había visto nada, ni nada podría darme idea de la horrible danza guerrera á que se entregaban sus antepasados en presencia del enemigo.

«Entonces, decía, el ejército entero, después de haber corrido unos 20 metros, se ordenaba en filas de cinco, diez, veinte y aun cuarenta hombres de fondo; todos los hombres de cada grupo se acurrucaban á un tiempo, y después, á una señal del jefe se levantaban con sus armas en la mano derecha, y todos con la misma regularidad de un regimiento manobrando, alzaban primero la pierna derecha y todo el lado derecho del cuerpo, después la pierna y el lado izquierdo. En seguida, rápidos como el rayo daban un salto de 2 pies de altura, blandiendo sus armas y lanzando gritos terminados por una especie de largo y profundo suspiro con toda clase de visajes: boca abierta, narices infladas, rostro fruncido, lengua pendiente, ojos revueltos, y puede decirse que no tenían un músculo en reposo. Así se zarandeaban llevando el compás á golpes en las culatas de sus armas y con diversas canciones. Al lanzar uno de ellos el grito: *ique huyen!* las contorsiones de los guerreros bailarines rayaban en el desenfreno.

Muy luego los guerreros de ambos ejércitos, furiosos hasta la desesperación, echaban el resto. Los mas

célebres llamaban por sus nombres y provocaban á otros del ejército contrario: los epítetos, los gestos injuriosos se cruzaban de una y otra parte. En fin, los dos partidos ardiendo en rencor y locos de coraje, blandían sus armas y arremetían con horrosos alaridos, preludios de un mortífero combate. Cada combatiente se las había con un enemigo, y la batalla se convertía en una infinidad de combates singulares. Estos duelos apenas duraban un minuto; pues al momento emprendía la fuga uno de los dos bandos. El ejército que mataba el primer hombre cargaba con mas arrojo ó gritaba con mas fuerza, conseguía ordinariamente la victoria, llenando al enemigo de pánico. La retirada se cambiaba en derrota y la derrota en destrucción muchas veces.

Después de algun tiempo de persecución los vencedores volvían al campo de batalla para gozar de su triunfo. Recogían ante todo y solemnemente sus muertos, señalando con una lanza el lugar en que cada uno había caído, y retiraban sus heridos en parihuelas. Después asaban á los enemigos muertos y se los comían en festín, exceptuando solo el primer muerto que se ofrecía á los dioses. Finalmente, escarnecían y acababan de matar á los heridos contrarios, haciendo sufrir suplicios atroces á los jefes aserándoles el cuerpo con dientes de tiburón dispuestos á propósito, empecinándoles la piel con goma de kauri, y quemándolos vivos. Los jóvenes que habían combatido por la primera vez, tenían que someterse al solemne interrogatorio de los sacerdotes sobre si habían ó no matado algun enemigo.

Tal era la costumbre de pelear entre los neo-zelandeses. Treinta años han pasado desde entonces: hoy combaten tiroteándose desde lejos.

Una batalla como la que acabamos de describir, solía terminar una campaña. Los vencidos que habían escapado á la muerte ó al cautiverio, huían á las soledades de los bosques ó á inaccesibles alturas. Los vencedores se hartaban de carne humana y volvían á tomar el camino de su país llevando en triunfo las sagradas cabezas de sus jefes muertos y las de los enemigos enclavadas en sus lanzas y escarnecidas con sus salvajes insultos. Las mujeres salían al encuentro de los vencedores, y si tenían que llorar la pérdida de algun pariente, se precipitaban rencorosamente sobre los prisioneros y los sacrificaban á su venganza. Las cabezas de los jefes muertos se conservaban cuidadosamente por medio de ingeniosos procedimientos y se depositaban con los huesos de los antepasados para exhibirlas en ocasiones solemnes á fin de escitar á los guerreros á la venganza. Las sangrientas cabezas de los enemigos se enclavaban en las empalizadas alrededor del pueblo, insultándolas en estos términos.—«Querías huir, pero mi maza te destruyó, y yo te asé y te comí.—¿Dónde está tu padre?

—Le asaron.—¿Y tu hermano?—Nos lo comimos.—¿Y tú mujer?—En mi casa para mí.—¿Y tus hijos?—Míralos allá abajo, cargados de peso y esclavos para siempre...»

El 24 de mayo, cuando bajamos al Waikato para volver á Auckland, desembarcamos en Narnawahia para visitar á Potatau á quien no vimos en nuestro primer viaje.

En la primera casaca en que entramos, vimos al secretario privado del rey, Te-Witini-Te-Tekrai, hombre alto, robusto, pintarrajado de rostro, en el cual se revelaba la altivez y la resolución. Recibíenos cordialmente, hizo servir comida á nuestra gente y salió para anunciar al rey nuestra llegada.

El palacio de este príncipe, barraca espaciosa y bien construida, dominada por el pabellón nacional, está situado en la parte superior de la lengua de tierra comprendida entre el Waikato y el Waipa, de modo que la vista se estiende sobre ambos rios. Algunas miserables chozas diseminadas en la espesura de helechos salvajes, forman el núcleo de lo que debía ser un día, según el proyecto del partido real, la capital de la Nueva-Zelanda.

Potatau nos avisó que estaba dispuesto á recibirnos. En la puerta de su habitación había un centinela con capote, uniforme azul con adornos rojos y botones de metal. Esta era la guardia de palacio. Unas veinte personas había en la real cámara, y á la derecha, en un rincón, estaba sentado sobre una estera de paja un anciano ciego... era Potatau. Te-Whero-Whero, el rey maorí. Su rostro, sobrecargado de dibujos, era regular y aun bello: una profunda cicatriz, muy ostensible en su frente, revelaba al antiguo guerrero, que había tomado parte activa en mas de una sangrienta batalla. Envuelto en un cubretodo de lana gris oscuro, Potatau nos devolvió el saludo con un ligero movimiento de cabeza. El capitán Hey habló de nuestro viaje, pero el viejo no respondió: Dos jóvenes maoríes, ávidos de conocer las costumbres europeas, tomaron por él la palabra. Otro joven, de ojos negros y brillantes, nos fue presentado como hijo del rey, y supimos que las princesas sus hijas estaban ocupadas en lavar como la Nausicaa de Homero. Después se nos convidó á comer, y por una distinción singular nos dieron tiburón seco. Yo estaba maravillado de ver el apetito de los maoríes, mientras que por mi parte no pude gustar siquiera semejante manjar regio, y solo deseaba respirar el aire libre, como al fin lo logré saliendo del palacio.

Digamos ahora algo acerca del huésped de este palacio salvaje y sobre las causas que hicieron del anciano, enfermo y ciego el jefe supremo de una raza guerrera é indomable.

En el momento en que el principio de nacionalidad reivindicaba sus derechos en la península italia-

na, en los antípodas las tribus maoríes se sublevaban en nombre del mismo principio por reconquistar su independencia. En la Nueva-Zelanda, este movimiento está determinado por causas muy evidentes que provienen del antagonismo de las razas autóctonas y la inmigración europea. Mientras quede entre los maoríes una chispa de sentimiento nacional, el solo hecho de su decrecimiento al lado de la multiplicación de los extranjeros, haciéndoles presentir su completa absorción por una raza mas poderosa, debe impulsarlos á la resistencia.

En la época de mi permanencia en la Nueva-Zelanda los periódicos publicaban un gran número de artículos bajo los epígrafes de *The Maori king movement* y *Land league*, para llamar la atención del gobierno sobre los esfuerzos de un partido nacional indígena que procuraba atraer todas las tribus y someterlas á un mismo rey. La elección de este jefe, encargado de hacer suprema justicia á los naturales, tenía por objeto suplantar la corona de Inglaterra en sus derechos de soberanía, á la vez que por su negativa á vender tierras al gobierno, esperaban poner obstáculos á la colonización europea. La autoridad no dió gran importancia á este negocio, tomando todos estos manejos por juegos de niño por parte de un pueblo que saliendo de la mas grosera barbarie, intentaban imitar en todo á los europeos: por eso creyó que la mejor política era cerrar los ojos sobre la corona maorí. Obrando así, decía, cuando el atractivo de la novedad haya desaparecido para los indígenas, este rey de carnaval desaparecerá también por sí mismo. Pero aquel *juego de niños* trajo una lucha sangrienta.

Bien que una guerra abierta con los europeos no entrara de ningún modo en las miras primitivas de los diplomáticos inventores de la monarquía maorí, sin embargo, toda persona dotada de alguna penetración podía ver que, á consecuencia de la escitación general de los ánimos, mantenida por el partido nacional, la menor ocasión conduciría á hostilidades descubiertas.

Durante el tiempo de mis viajes en el interior de la isla del Norte he tenido ocasión, como se ha visto, de hacer conocimiento con los jefes del movimiento y aun con el mismo rey. Desde entonces me convencí de que la agitación que atraía á sí á los indígenas, era mas seria y tenía mas hondas raíces de lo que se creía en Auckland.

Un antiguo jefe del alto *Wanganni* me desenvolvió un día sus planes políticos en un largo discurso bajo la característica forma siguiente: Tomó una rama de helecho, la rompió en tres partes, una larga y pequeñas las otras. La larga figuraba á la divinidad, las otras dos al maorí y al *pakeha* ó europeo.

«Antes que los pakehas vinieren, añadía, nos mi-

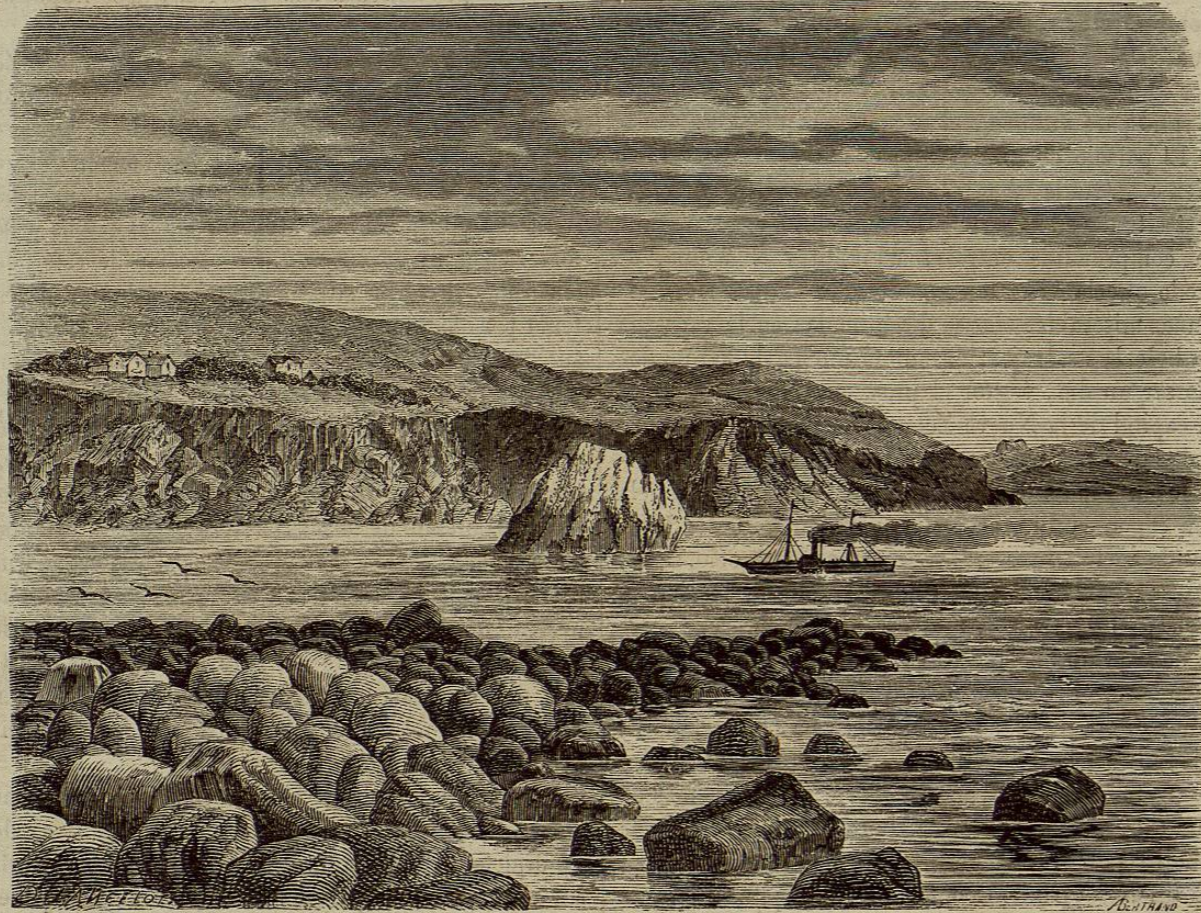
rábamos muy cerca de dios, y casi tan elevados como Dios.»

Y esto diciendo, plantó la rama maorí junto á la de Dios.

«Pero cuando los pakehas llegaron, creimos que eran mas elevados que nosotros y que estaban muy cerca de Dios.»

—Y entonces colocó la rama pakeha junto á la de la divinidad, alejando la maorí y hundiéndola en la tierra.

«Pero hoy sabemos que el maorí y el pakeha vienen de la misma fuente, de Dios; que unos y otros tienen buenas y malas cualidades y que son todos iguales delante de Dios.»



Entrada de la rada de Nelson.

Al mismo tiempo puso las dos pequeñas ramas juntas delante de la que descollaba grandemente sobre ellas representando á la divinidad.

«Pakeha y maorí iguales; tienen los mismos derechos, y es muy natural que los maoríes tengan tambien como los pakehas un rey de su lengua y de su sangre. Por eso hemos elegido un rey entre los nuestros, un rey maorí, para que represente nuestros derechos.»

Tal fue el discurso del anciano, y todos los adeptos del partido real pensaban del mismo modo.

En cuanto al viejo Potatau, presentia que la paz con los europeos podia turbarse y espresaba en toda ocasion su deseo de que fuese mantenida. No se deja-

ba llamar rey de los maoríes, pero se daba el título oficial de *Te kingi ote Maritanga-tu-arna*, es decir, *segundo rey de la paz*, haciendo asi alusion á Melchisedech, el rey de la paz de la ley antigua. Y como se izaba con gran ceremonia ante su morada real el nuevo pabellon nacional compuesto de un fondo blanco bordado de rojo, con cruz roja tambien y tres estrellas encima de la inscripcion *Nuitireni*, es decir, *Nueva-Zelanda*, quedó este símbolo de tres estrellas para representar á los tres príncipes del nuevo reino *Whakapono, Aroha, Ture*, es decir, *fe, amor, ley*. Esto significaba que el reinado no era una vuelta al antiguo paganismo, sino que los defensores del nuevo estandarte poderosos en la lucha con la espada de



Danza guerrera de los antiguos maoríes.

Dios, traerian la fraternidad, la unidad y el amor á todas las tribus maories, en lugar de la guerra y enemistades antiguas; que la ley y la paz reinarian no solo entre los indigenas, si que tambien entre ellos y los europeos.

Asi pensaba y hablaba entonces el rey maori: *El reinado es la paz*. Pero Patatau no tenia mas que el prestigio de su nombre, siendo como era un débil anciano. Los hombres de accion eran jefes jóvenes y resueltos que se titulaban ministros del rey, y á la cabeza de todos en calidad de primer ministro, se hallaba un hombre muy hábil y enérgico de la tribu de Ngatihahuas, Williams Tompson, ó el *hacedor de reyes*, como generalmente se le llamaba. De edad de cuarenta años, cristiano celoso y muy versado en la Biblia, Tompson está á la cabeza de la insurreccion actual.

La eleccion del rey maori fue determinada no solo por el sentimiento nacional y una necesidad de independencia que inquietaba á los zelandeses, sino tambien por el creciente descontento con el gobierno inglés. Este disgusto se habia manifestado en quejas públicas que desgraciadamente en muchos casos eran demasiado fundadas; y como sus quejas no se oyeron, los maories buscaban el medio de poner término por sí mismos á sus agravios.

El partido real ganó rápidamente terreno y procuró organizar sus fuerzas. Wiremu Tako de Taranaki, hábil y prudente político, recorrió el país y supo reunir con su elocuencia las tribus hasta entonces divididas. Las contribuciones pagadas con presteza por los maories aseguraron al rey una dotacion anual, y los recursos necesarios á sus ministros. Ngarnawahia, posicion muy ventajosa en la confluencia del Waikato y del Waipa, fue designada como la futura capital de los indigenas. Desde allí el rey, ó mas bien su consejo, allanaba las dificultades que se ofrecian entre los maories, y allí fue donde se dió la orden para izar el pabellon nacional en el inmediato puerto de Kawhia en la costa occidental, y se resolvió imponer ciertos derechos á todos los barcos europeos que fondearan en él; de allí fue de donde los hijos de padres europeos y madres maories, sobre todo las jóvenes que estaban al servicio de los europeos, recibieron orden de volver junto á sus madres. Entre tanto el gobierno veia estas cosas con indiferencia y permanecia de tal modo inactivo en presencia de todo lo que pasaba en el interior del país, que los mismos misioneros ingleses cuando tenian quejas de los maories, mejor iban á demandar justicia al rey indigena que al tribunal de Auckland.

Un jefe influente del Waikato formó una asociacion llamada *Land league* que se proponia igual objeto que el partido real, procurando impedir que los indigenas vendiesen nuevas tierras al gobierno inglés.

Antes del tratado de Waitangi, los jefes solian vender distritos enteros por una ó dos libras de tabaco ó por algunas piezas de tela. Despues de aquel tratado, el gobierno pagaba por término medio un chelin por *acre* á los indigenas, pero sus pretensiones se elevaron de año en año. Decíanles: «Dios no os ha dado la tierra para que la dejes inculta, porque está escrito en la Biblia que debe cultivarse para que dé ciento por uno.» Los maories contestaban: «Sí, pero no está escrito en ninguna parte que nosotros debemos vendérsela á razon de un chelin por *acre*.»

En agosto de 1859 el movimiento se habia ya extendido en la isla de Norte á Sur: un gran festin tuvo lugar cerca de Wellington en el valle de Wairarapa; la irritacion sobrevenida entre los indigenas y los colonos habia llegado ya á tal grado, que muchos de estos últimos huyeron á la ciudad, y el *Wellington Independant* dando la voz de alarma, preguntaba para qué debian servir los toneles de pólvora reunidos por los indigenas, y cómo podian comprar cargamentos de armas.

Una venta de tierras en la costa Sudoeste de la isla del Norte, en el distrito de Taranaki, dió el primer pretexto á las hostilidades, bien que no se hubiera formado en este punto un partido real propiamente dicho. Un indigena de Taranaki, llamado Te Teira, habia vendido al gobierno una tierra de 600 acres en Waikara, término de *New Plymouth*, capital de la provincia de Taranaki. Pero Wiremu Kingi (Williams King) jefe tan bravo como resuelto, se opuso á esta venta, alegando que Te Teira no tenia derecho de vender sin su consentimiento, impidiendo tambien que el agrimensor enviado por el gobierno midiera la tierra en cuestion. Aun cuando la medicion tuvo lugar bajo la proteccion de las tropas inglesas hácia mediados de marzo de 1860, Kingi, ayudado por sus partidarios, construyó en una noche sobre el terreno disputado un *pah*, es decir, un campo atrincherado con fosos y estacadas, y volvió á tomar posesion de la tierra. El 17 de marzo el *pah* fue tomado por las tropas que mandaba el coronel Gold, y el primer disparo partió de los europeos; quienes, segun las ideas de los indigenas, eran los responsables de toda la sangre que se derramara. Los periódicos nos han informado despues de las alternativas de la lucha. Los indigenas salieron vencidos, sin duda, pero á costa de mucha sangre.

#### IX.

Vuelta á Auckland.—Flora y fauna de la Nueva Zelanda.

Dejando al viejo Potatau, volví á bajar el Waikato por medio de comarcas ya conocidas.

El 22 de mayo corrimos un huracan tan violento,

que encrespaba las olas del rio hasta el punto de hacernos imposible la continuacion del viaje en una canoa demasiado cargada: la tempestad terminó por la noche por un gran aguacero.

El 23 por la mañana continuamos con buen tiempo, y á la una de la tarde desembarcamos en el ancon Teira por bajo de la confluencia de Mangatawhiri. Allí tuvimos que subir y volver á bajar una empinada colina hasta la casa de un colono europeo. Despues de una corta pausa nos pusimos en camino hácia Drury. El rio, grandemente acrecentado, del Waipapa, cerca de Mangatawhiri, sobre el que hubimos de echar un puente para salvarlo, nos entretuvo tanto tiempo que era ya de noche cuando llegamos al *Great South Road*. Allí pensábamos haber tocado el término, pero nos engaábamos. Jamás he visto un camino en tan mal estado: era mas bien que un camino, un rio, un pantano, donde nos hundíamos hasta las rodillas. Añádase á esto un tiempo endemoniado, fuerte lluvia y relámpagos fulgurantes que eran nuestros únicos guias en la tenebrosa noche. A pesar de todo quisimos adelantar hasta el *Drury Hotel*, y en efecto, lo conseguimos á las diez de la noche, pero en un estado indescriptible.

Sin embargo, todo lo que acaba bien, es bueno. En aquel escelente hotel encontramos cuanto necesitamos para reponernos de nuestras fatigas, y el 24 de mayo estábamos felizmente de vuelta en Auckland, donde puse en orden mis notas y las colecciones que habia recogido en mi escursion y que podrian envidiarme muchos conoceleas en historia natural.

La flora de la Nueva-Zelanda escede mucho en interés á sus riquezas mineralógicas y á su fauna. Los célebres viajes de Cook nos revelaron ya estos tesoros botánicos. En 1824 y 1827, Duperrey, á bordo de la fragata *Coguil'e*, y Dumont d'Urville en el *Astrolabe*, aumentaron los conocimientos ya adquiridos por las observaciones del profesor Richard que describió cerca de doscientas especies nuevas de vegetales de este país.

Cuando la expedicion antártica (1839-43) del capitán Ross, el doctor Hooker vino á la Nueva-Zelanda. Naturalista distinguido, ha escrito una obra célebre en que coordina y pone en regla todos los materiales conocidos hasta el año de 1863.

El número total de especies que Hooker ha reunido en su Flora, sube á unas mil novecientas; pero hay que explorar todavía comarcas enteras en la Nueva-Zelanda. Solamente en la isla del Norte, han penetrado hasta el interior las investigaciones científicas; pero en la isla del Sur, los Alpes zelandeses, que se estienden en toda su longitud, no han sido nunca visitados en interés de la ciencia.

Entre las plantas útiles, el lino zelandés, *phormium tenax*, ocupa uno de los primeros órdenes; esta

planta es exclusiva de la Nueva-Zelanda y de los islotes adyacentes, de Chatham y de Norfolk. Los filamentos estraidos de sus hojas por los indigenas, y cuyo valor fue muy luego conocido por los europeos, vinieron á ser el primer artículo de cambio en el comercio. El *phormium* es para los naturales de la Nueva-Zelanda lo que el bambú para los habitantes del Asia oriental y meridional. Utilizase en innumerables necesidades, y junto á cada cabaña, á cada caserío, á cada camino crecen estos matorrales cultivados ó silvestres, adecuados á todos los usos. La hoja, en forma de espada, como tambien toda la planta, se llama entre los indigenas karakeke, y la flor es análoga á la de la agava, korari. Todas las partes de la planta, los tallos, las flores, las hojas, suministran una materia preciosa en el país: las hojas, de color rojo oscuro, contienen gran cantidad de jugo dulce como la miel que los niños chupan con avidez, y los naturales recogen en calabazas; entre las hojas se halla una sustancia gomosa que sirve de almidon y de lacres; secas las flores, son inflamables como las pajuelas y hacen el mismo servicio. Pero la hoja es la parte mas útil de la planta. Cogida aun fresca sirve de papel á los modernos literatos neo-zelandeses, que escriben en ellos sus pensamientos por medio de ciertos mariscos; hecha cintas mas ó menos estrechas, segun el uso á que se destinan, reemplaza por su extraordinaria fuerza á los cordones, cuerdas, cables, etc., siendo indispensable á los indigenas para la construccion de sus viviendas y canoas; con ellas tejen las mujeres muy bonitas canastas que sirven de platos; los hombres hacen con ellas telas, redes y velas de barco. En su estado natural, la hoja sirve para todos estos usos, pero preparada sirve para cobertores, capas y esteras: el vestido ordinario del indigena (*weruweru*) se hace con hoja á medio preparar; el vestido de gala (*kaitaku*) con finas cintas de diversos colores entretrejidas. Para teñir de negro emplean la corteza del árbol *hinan*, (*elaocarpus*) para teñir de rojo la del *tanairai* (*phyllocladus*).

De cualquiera comarca de que venga y en cualquier punto de la Nueva-Zelanda en que ponga el pie por la primera vez, el viajero notará ante todo dos particularidades características de la vegetacion: la abundancia de helechos y arbustos y la falta de prados y flores; falta que se esplica por la escasez de musgo y el reducido número de plantas anuales. Los campos, que vistos desde lejos, al lado de inmensos bosques, parecen pastos y céspedes, mirados de cerca no son mas que matorrales á la altura del hombre con florecillas microscópicas de color blanco; y sobre todo de helechos (*pteris sculeuta*) el rarahone de los indigenas, cuya raiz les servia en otro tiempo de alimento. Con dificultad se abre uno paso entre estos cerrados bosques, donde rara vez se encuentra senda tra-